

Autores como Katixa Agirre o Ted Chiang exploran la vía que abrió Huxley y concluyen que la deshumanización es imposible

La profecía incumplida de 'Un mundo feliz'



Aldous Huxley, en la casa de su cuñada en Turín (Italia) en septiembre de 1958. / GETTY

Laura Fernández, Barcelona. Año 1958. Aldous Huxley, atormentado por la forma en que aquello que había narrado en *Un mundo feliz*, su clásico de 1931 sobre una sociedad entregada a un cruel hedonismo al que le trae sin cuidado vivir bajo totalitarismos, se estaba haciendo realidad, publicó una serie de ensayos bajo el título de *Nueva visita a un mundo feliz*. "Cuando escribí *Un mundo feliz*, en 1931, estaba convencido de que disponíamos aún de muchísimo tiempo antes de que se cumpliera lo que predice, y no es así", escribió. Entre sus vaticinios figuraban desde la servidumbre, hasta la pérdida de la libertad individual en pos de una colectividad informe, acelerada por "una deshumanización paulatina y sin solución". Al respecto, consideró que el deber de los seres humanos era luchar contra ella.

¿Pero es esa deshumanización posible? La ficción especulativa, desde Huxley, ha tratado de dejar claro que no. Ahí está John el Salvaje, el personaje de *Un mundo feliz* que ejerce, desde su humanismo animal, una libertad de la que no gozan el resto de sofisticados habitantes del Estado Mundial. Los ciudadanos son felices, considera John, pero su felicidad es artificial, "sin alma". La desesperada búsqueda de algo vivo que cuidar en *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, de Philip K. Dick, es también un intento de esquivar un narcótico presente en el que nada parece tener sentido y el ser humano es una pieza más de un engranaje moribundo. La falta de empatía en los astronautas que aterrizan en el Marte que ideó Ray Bradbury para *Crónicas marcianas* contrasta con la ilusión de los colonos y representa la tecnología que desalma a los humanos.

La escritora vitoriana de 41 años Katixa Agirre se suma a esta apuesta por la imposibilidad de la deshumanización en su última novela, *De nuevo centauro* (Tránsito). La protagonista, Paula Pagaldai, es una escritora de un futuro cercano que viaja a París para documentar el paso de Mary Wollstonecraft por la ciudad. Está trabajando en traer de vuelta a la madre de Mary Shelley en un módulo virtual que va a permitir a

cualquiera vivir el mundo que ella vivió. Porque en la sociedad de la novela no existe el tiempo ni el espacio. Ni siquiera la realidad. Las gafas Oftal y un curioso traje "sintiente" permiten ser otra persona y sentir como tal. Se ha dejado de viajar, han cerrado los hoteles. El mundo es espejismo y sueños cumplidos. Hay quien huye. Se rebela volviendo a tocarse, estando, sin más, en el mundo.

"Creo que vivimos esa tensión de amar los filtros de Instagram y al mismo tiempo querer llegar a tocar el cuerpo que pueda esconderse detrás. Y por mucho que mejore la simulación digital, por

mucho que consigamos engañar nuestra percepción, la necesidad del cuerpo, su rotundidad inapelable, siempre va a volver. Si me siento sola, quiero sentir la piel de otra persona junto a la mía, una pantalla no sirve", apunta Agirre. "Hay toda una corriente trans y poshumanista que aboga por dejar atrás el cuerpo y convertirnos en conciencia digital, vagando por el universo para toda la eternidad. Se trata de una fantasía muy triste. ¿Para qué quiero la inmortalidad sin un cuerpo con la que disfrutarla? ¿Para qué quiero vida si no va a haber un punto final que le dé sentido?", añade.

Jorge Carrión hace a los lectores visitar un museo creado por algoritmos

Los relatos de 'Exhalación' son casi parábolas filosóficas que llegan del futuro

Para Jorge Carrión, autor de la utópica, y a la vez distópica, *Membrana* (Galaxia Gutenberg), "no existen épocas más o menos humanas"; "¿Es más humana una pareja que engendra naturalmente que una que lo hace *in vitro*? ¿Es más humana España que Qatar? El ser humano ha sido tecnológico siempre. Muchos animales, como los pájaros o los cocodrilos, usan herramientas. Eso no los hace menos animales. El humanismo, como estrategia crítica e informada para pensar el mundo, solo puede seguir vigente si se olvida de ficciones absurdas como que la tecnología nos aleja de algún tipo de esencia. Desde las hogueras y el arte rupestre, como nos recuerda Werner Herzog, somos tecnhumanos", considera.

En *Membrana*, el ser humano ya no existe. Y los lectores visitan un museo creado por algoritmos que idolatran lo perdido y tratan de reconstruirlo, inútil y melancólicamente. Al escritor le interesaba "trabajar la idea de que la inteligencia artificial puede ser más humana que nosotros". "Creo que estamos pasando del antropocentrismo al biocentrismo. Así puede leerse la gestión de la pandemia: como una lectura estadística de la vida colectiva", dice. Sin embargo, "los móviles nos han vuelto narcisistas. Somos la generación más narcisista de la historia". En algún sentido estamos negándonos a aceptar esa pérdida del centro.

En su última colección de relatos, *Exhalación* (Sexto Piso), Ted Chiang insiste en que es imposible escapar de lo que nos hace humanos. Sus textos son casi parábolas filosóficas enviadas desde un futuro en el que el ser humano es más consciente que nunca de lo que podría perder si dejase de serlo, en el sentido al que apelan Huxley, Dick, Bradbury, la Margaret Atwood de *Por último, el corazón* (Salamandra) y cualquier escritor de ficción especulativa que tema la idea del cambio que impone la tecnología. "La ciencia ficción es un género poderoso porque explora la inevitabilidad del cambio", afirma Chiang, y ante el extremo de ese cambio —la deshumanización, hoy potenciada por la virtualización— impone un regreso a lo esencial. A lo que sigue ahí cuando la pantalla se apaga.

AQUÍ ES MARTES / FÉLIX DE AZÚA

Tres ortegas

Parécida a la paloma común, la ortega es un ave algo más robusta, que anida en tierra y ama los pedregales. Pero las ortegas que traigo hoy a este lugar pertenecen a otra especie. También vuelan, pero en un espacio superior. Y aquí las une una actividad humana de lo más infrecuente, la tauromaquia.

El primer vuelo le pertenece a Rafael Sánchez Ferlosio, quien le escribió al torero Rafael Ortega *Un as de espadas*, que es como tituló el artículo dedicado al matador y recogido en *Interludio taurino* (El País). Es uno de los mejores artículos jamás escritos sobre el torero y todos los demás del libro demuestran hasta qué punto un gran escritor es inconfundible y lo que ahora abunda es modesta calderilla.

El abuso político de la tauromaquia ha trivializado un asunto que merece las mejores cabezas y la más elevada prosa. Como esta (Rafael Ortega): "Componía una figura tocada por esa luz dinámica en que la piedra puede volverse liviana como la tela y la tela puede cobrar peso de piedra: la luz inconfundible del barroco". Ferlosio comparaba la unidad de toro y torero con el *Laocoonte*. Ya lo había anunciado cuando escribió: "La verónica de Rafael Ortega era a la verónica de Curro Romero lo que la escultura de Bernini a la de Donatello".

A pesar de su trivialización política, el arte del torero sigue siendo una de las bellas artes, pero no todo el mundo puede apreciarlo. Ferlosio también tuvo sus furias antitaurinas, pero nunca trivializó.

Hace falta mucha inteligencia para juzgar un arte. Pues eso es lo que tenía y aún le sobraba a José Ortega y Gasset, mi segunda ortega, para levantar el vuelo en los admirables artículos recogidos como *La caza y los toros* (Renacimiento), reeditados ahora por la escasez de las ediciones anteriores. También mi segunda ortega distingue entre el espectáculo (o la fiesta) y el arte. Dice: "De lo que pasa entre toro y torero solo se entiende fácilmente la cogida. Todo lo demás es de arcana y sutilísima geometría o cinemática". Pasa luego a hablar del toro primigenio (el uro) para explicar el milagro de que aún queden toros bravos en un rincón del mundo. De este animal originario, cuando ya se había extinguido, se conservaba una pieza viva guardada en su parque de Berlín por el rey de Prusia. Y fue Leibniz quien le recomendó que lo hiciera retratar antes de su pérdida. Eso era en 1712, pero el insaciable instinto cognitivo de Ortega acabó conduciéndole a la única figura conocida de aquel uro, editada por

Hilzheimer en 1950. Y, efectivamente, tiene un inconfundible aire español, por así decirlo.

No busque usted, sin embargo, la lámina del uro en la edición de las obras completas. Asombrosamente, no viene. Solo la encontrará en la antigua edición de Austral, si aún quedan ejemplares en los alrededores de Viejó.

Algún espabilado me estará diciendo: "Pero eso son dos ortegas, ¿y la tercera?". Pues la tercera es Domingo Ortega, sin relación alguna ni con Rafael ni con José. Fue el dignísimo autor de un libro emblemático, *El arte del toro*, publicado por *Revista de Occidente* en 1950, y que vino adornado con el artículo de Ortega y Gasset *Enviando a Domingo Ortega el retrato del primer toro*, a modo de epílogo. Con lo que cierro el vuelo de las ortegas.

He aquí que para hablar seriamente sobre los toros hay que separarse lo más posible del ruido político, del jolgorio popular, de la plaza incluso, y ponerse a pensar un poco con los codos sobre la mesa.